

Miguel de Unamuno

CONOCEOS LOS UNOS A LOS OTROS (1)

Hendaya, Francia, Junio de 1929.

Me complace ver los esfuerzos que hace *Monde* para dar a conocer a su público, a su pueblo francés—por lo menos de lengua—el alma, es decir, la humanidad de los demás pueblos, del resto del pueblo humano. Y no por exotismo estético. Es lo mejor que puede hacer para la mayor humanización de su pueblo.

«Conócete a ti mismo» dijo el oráculo de Delfos. (¡Oráculo había de ser!) Pero nadie puede conocerse a sí mismo si no en el espejo de los demás, sobre todo de los que nos son al parecer más diferentes. Hay que decir: «conoceos los unos a los otros». Que es más alto que «amaos los unos a los otros». Pues ya decía Carlos Lamb: «no puedo odiar a aquel a quien conozco». Aunque odiar ¿no es, a las veces, amar?

Discutiendo y peleando, aprenden los hombres a conocerse. Un viejo marino de mi costa vasca me decía

(1) La traducción francesa del presente artículo que nos honramos en ofrecer hoy a nuestros lectores en su texto completo y original, acaba de aparecer en la revista *Monde* de París. Su redactor en jefe, M. Habaru ha tenido la gentileza de facilitar a C. Deambrosis-Martins, nuestro corresponsal en París, el valioso manuscrito del gran pensador español don Miguel de Unamuno, escrito de su puño y letra.—(N. D. L. R.)

una vez que recorriendo el mundo se había encontrado con hombres que viven desnudos, otros cubiertos de pieles; éstos no comen sino verduras, aquéllos carne; aquí no creen en dios alguno, allí todos son dioses, etc., ¡y todos viven!, luego—concluía—no se debe discutir. Pero así que viven así, sin discutir ni pelearse, viven animalmente, no humanamente. En espíritu sólo se vive discutiendo, disintiendo para consentir. El odio mismo, si fraternal, si humano, es forma de armonía. La palabra más ominosa, la menos humana es extranjero—*extraneus*—el de fuera, el de *extra*. Pero fuera de mi, *extra mei*, no hay nada de humano.

Más profundo que mi viejo marino vasco fué aquel gañán andaluz que le decía a su amo: «¡Desengáñese, señorito, en este mundo lo sabemos todo entre todos!» Todo lo que se sabe. Y lo que se ignora lo ignoramos entre todos. Y todo lo que sabemos lo sabemos gracias a nuestras contradicciones íntimas. La ignorancia de mi prójimo me enseña que ignoro lo que creo saber. Nuestros conocimientos—y nuestras ignorancias—son complementarias. Uno tiene el botón, el mango o el eslabón y otro tiene el ojal, la hoja del cuchillo o el pedernal. Donde se impone por dictadura, religiosa, política, social o estética, un dogma cualquiera acaba por no conocerlo nadie. La ortodoxia es la ignorancia. (Así, verbi gracia, los marxistas ortodoxos no conocen a Marx.) La unidad dogmática hace la fe del carbonero, que es la ignorancia de la fe. Cuando todos creen creer lo mismo es que nadie cree en nada.

Voy a buscar en el prójimo lo que me falta para ser más yo. Cada nuevo amigo que me gana me enriquece no tanto por lo que de él me da cuanto por aquello de mi propio fondo que me revela. Por llevar dentro mío los 1,024 abuelos de hace diez generaciones llevo a mis contemporáneos todos.

Y así con los pueblos. Y así con sus dioses. Que han existido todos. Hace poco Henri de Montherlant, este

pesimista tan consolador, en un artículo de una profunda comprensión—comprensión es amor—del lado más humano, más universal, del alma española, decía:

Lâcher bride à toutes ses tendances, fussent elles discordantes, dire toujours oui à la vie, c'est croire que tout est vérité, que tout est erreur, bref que tout se vaut. Et c'est le titre d'une pièce de ce Calderon que les Espagnols reconnaissent, avec Cervantes, pour l'écrivain le plus représentatif de leur race: *En esta vida todo es verdad y es mentira* (1).

(Y en cuanto a lo que los dogmáticos o sea los dictadores llaman verdad hay que cogerla hoy mismo, y según pasa, porque mañana será error y pasado mañana mentira.) Sin la civilización de los pueblos que llamamos salvajes perecería la salvajería sin que no pueden vivir en civilización los sedientos civilizados.

El radical escepticismo es la omniafirmación. Como lo más consolador es el pesimismo—un pesimismo como el de mi prójimo, mi *proximus*, Montherlant—. Pero si este mundo—que es el único posible—es el peor de los posibles, resulta ser excelente. Y es excelente porque en él se vive y se goza. Y hasta se divierte. Algunos haciendo pesimismo. Y la diversión es lo más sagrado. Hasta tal punto que los pueblos antes se rebelan porque no les dejan divertirse a su manera—cantando sus penas, por ejemplo—que por no tener pan. Más motines hay en Castilla por la suspensión de una novillada que por la carestía del pan o una baja de salarios. ¿Y la felicidad de Leopardi en qué consistió si no en maldecir de haber nacido y cantar su maldición? ¿Y de qué se envaneció más el muy vano Salomón que de haber dicho lo de «vanidad de vanidades y todo vanidad»?

«Mi descanso es pelear»—dice un dicho español. Y mi pelear es conocer gracias a la pelea.

(1) Soltar la brida a todas sus tendencias, aunque sean discordantes, decir siempre sí a la vida, es creer que todo es verdad, que todo es mentira, en resumen, que todo vale. Y hasta es el título de una pieza de ese Calderón que, con Cervantes, los españoles reconocen como al escritor más representativo de su raza: *En esta vida todo es verdad y es mentira*

¿Conocer? ¿Amar? Hace poco se burlaba donosamente Benedetto Croce de esa ridícula pregunta que tantas veces se le dirige aquí al extranjero y a cuanto extranjero: *Aimez-vous la France? Aimez-vous?* (1). ¡Como si se tratase de una *cocotte* o de una querida! Yo, cuando un francés me la dirige, le contesto: «Y usted, francés, ¿conoce usted Francia?» Si no conoce el resto del mundo, no, no la conoce. Y por lo tanto, no la ama.

He aquí por qué me complace ver que *Monde* de París se esfuerza en que el pueblo francés aprenda en el espejo de otros pueblos a descubrir en sí calidades para él mismo ignoradas. Y que este pueblo francés, que se dice el de la medida, aprenda a no medir con el sistema métrico-decimal que es el de su invención. No le vendría mal medirse alguna vez a sí mismo por yardas, pies y pulgadas inglesas. ❧

O por *varas, pies y pulgadas* castellanas.

Conozcámonos los unos a los otros para
conocernos a nosotros mismos.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

(1) ¿Ama usted a Francia? ¿Ama usted?